



El suplicio

Mauricio Perva

El suplicio de la mujer fue trastornando la calma, allá, por la hondura que llegaba hasta la fresca quebrada.

—Hermenegildo... ¡Llévame donde mi madrecita pa' parir a este güila!

Así lo había pedido desde una hora atrás, su esposa la chola Liberata Martínez, a Hermenegildo Jiménez; sin embargo, ese hombre continuaba en su faena, ordeñando las enormes ubres, indiferente al dolor de esa mujer.

El suplicio se mezclaba con llanto.

Interrumpiendo el monólogo de Liberata, el hombre, volviendo a ver a sus dos hijos que jugaban debajo de un guayabo, dijo con agreste ánimo:

—Aquí pariste a esos güilas, así que... aquí mismitico tenés que parir a ese otro güila.

La mujer sabiendo que aquel embarazo era diferente al de sus otros hijos, tomó a sus güilitas y, con gran dificultad fue subiéndolo por la loma, en medio de la espesa neblina hasta llegar al maltrecho camino de piedra. El dolor era insoportable, cada paso hacía gemir su vientre, el sudor había empapado por completo su vestido blanco, el cual dejaba notar una mancha roja... ¡Cada vez más evidente!

En la hondura, seguía el hombre en su faena de ordeño, el torrente de leche salía iracundo, llenando el viejo recipiente de metal.

Liberata Martínez apenas podía caminar; sus dos güilitas, inocentemente, creían que aquello era un juego por el camino pedregoso. A la derecha, más neblina descendía del volcán Miravalles, mientras que el sonido de miles de ranas iba martirizando los nervios de la mujer.

En la lejanía del camino venía una yunta con su carreta; Liberata apenas la distinguió con sus ojos empapados de neblina, angustia y dolor. Entonces, su caminar se hizo más fuerte, sus manos sostenían con fuerza el vientre, como evitando que cayera en el pedregoso camino. Los güilitas venían atrás, jugando a... ¡Quién sabe qué!

Sentada al lado del cerco de una hacienda, así encontró el boyero a Liberata Martínez, fría, tiritando, sudorosa y con un rastro de sangre que bajaba por sus piernas. Ella, con la voz moribunda, le suplicó al boyero que la llevara al rancho de su madre, el cual estaba a un cuarto de hora camino hacia el pueblo.

Mateo Chévez, aquel boyero, fijó el rumbo a su yunta, acostó a la mujer dentro de la carreta, en una cama que hizo con hojas de



plátano y sacos que traía vacíos. Los dos güilitas iban sonriendo, inocentes, agarrados de los parales y, creyendo que aquello era un juego, aún mejor.

Entre la niebla y la lejanía, se perdió la yunta con la carreta.

Un rastro imperceptible de sangre, había quedado en algunas piedras del camino.

La noche llegó, brumosa y tan oscura, con el concierto de miles de insectos y las impacientes ranas de esa época lluviosa.

Por el camino que iba hacia el pueblo, en un viejo rancho de madera, se escuchaba el llanto de dos recién nacidos que, a la tenue y amarillenta luz de una candil, eran atendidos por una anciana.

De repente, una sombra alteró el interior del viejo rancho, en la puerta se dibujó la

figura de un hombre, mascando tabaco y sin camisa.

Hermenegildo Jiménez entró y caminó hacia donde estaba una cuna improvisada, ahí, observó el rostro de aquellos, sus dos retoños que habían nacido horas atrás.

Con el ánimo agreste, salió del rancho sin decir palabra alguna, tomó su caballo y se enrumbó hacia la hondura allá por la fresca quebrada.

En la oscuridad de esa noche, se perdió por el camino de piedra aquel hombre, Hermenegildo Jiménez, padre de dos güilitas más.

En el piso de madera la hemorragia era evidente, en un ruin camastro estaba el cuerpo sin vida de la mujer, Liberata Martínez y, sobre ella, con inocencia, aquellos güilitas jugaban a... ¡Quién sabe qué!

Memoria de una nochebuena

Mauricio Perva

Me gustaba, después de cumplir mi jornada de funcionario bancario, caminar con calma, atravesando aquella ciudad que, moribunda, dejaba atrás el siglo XIX.

Era diciembre de 1899.

Algunos años atrás, había comprado una propiedad que tenía una casa de bahareque, la cual estaba al final del cafetal, camino a San Juan del Murciélago.

Ese día, cuando caminaba hacia mi morada, repentinamente, fui detenido por un niño que jamás olvidaré.

Con un abrigo que apenas disimulaba el frío en su piel, me ofreció esa tarde leña para mi estufa de fundición.

Como si fuera una súplica, intentaba que yo le comprara esa última carga de leña, de ese 24 de diciembre.

La nochebuena sería tan fría como la bruma que bajaba desde aquellas montañas, al norte de Heredia.

Por un instante, pensé en continuar caminando, indiferente ante la súplica del infante; sin embargo, su carita me reveló cosas insondables.

Entonces, comprando aquella leña y tomándolo de la mano, entré en su lúgubre morada, en un complejo de piezas de adobe con piso de tierra.

Ahí, mi corazón se conmovió.

Su rostro jamás lo olvidaré; menos aún, los otros rostros sucios y con ojitos sonrientes que esperaban algo de alimento a la lumbre de un maltrecho fogón.

Esa tarde... tarde de 24 de diciembre de 1899, no quise llegar a mi morada.

Evitando que oscureciera, él me acompañó al mercado central de San José, me ayudó a echar en la canasta queso, pan francés, mermelada traída de Italia, trigo, galletas, golosinas pintorescas y ropa infantil que quiso obsequiarme un viejo amigo alemán.

Esa nochebuena fue la noche más feliz de mi rutinaria y monótona vida en esa ciudad capital que se iba despojando de su atuendo colonial y se vestía de modernismo al estilo europeo.

Esa noche, en medio de la luz de aquel fogón, conté a los niños algún cuento que, por más que intento recordar, no sé cuál fue.

